

Las Jesuitas con su nueva General

"Vamos a elegir a nuestro nuevo Padre General. De esta elección depende, en gran parte, la evolución y progreso de la Compañía en los próximos años." Las palabras del P. Mauricio Giuliani, director de "Etudes" (París), revista de pensamiento y cultura, se escucharon tensas en el Salón de Sesiones de la Curia Generalicia del Borgo Santo Spirito de Roma.

"Necesitamos un jefe —prosiguió el experimentado escritor francés— que mantenga nuestra Compañía continuamente unida con el mundo, al cual presentemos y ofrezcamos de modo vital la palabra de salvación. Hemos de abrazar a todo el mundo en su integridad y amplitud y cooperar a la redención de nuestra época. 'Mi voluntad es de conquistar el mundo.' Nuestro Padre General, según el corazón de San Ignacio, será aquel que muestre a los ojos de la Compañía continuamente las necesidades universales de la Iglesia para que nuestra vocación en la Iglesia, con la gracia de Dios, se realice mejor."

Dejamos al P. Giuliani, y uno piensa... ¡No es tarea fácil!... ¡Conquistar el mundo para Dios! Los jesuitas siempre fueron ambiciosos e inconformistas. La Compañía de Jesús ha luchado en las avanzadas del combate católico. Quizás esto explique su "mala fama" y lo "antipáticos" que a veces se ponen.

Pero... uno se pregunta, con el semanario "Time", los jesuitas de hoy ¿no se han quedado detrás de los "signos de los tiempos", a pesar del brillo intelectual de un Carlos Rahner, un Enrique de Lubac, un Teilhard de Chardin? A esta inquietante pregunta del "aggiornamento" de la Compañía debe responder con sinceridad y fortaleza la expectante XXXI. Congregación General Jesuítica y su recién elegido capitán.

El nuevo P. General, Pedro Arrupe, 58 años, de apellido vascongado, nacido en Bilbao (España), ciudad industrial, recia y práctica; estudiante varios años de medicina en Madrid, vocación tardía, dio el paso a sabiendas de lo que hacía y dejaba; producto espiritual de la tierra de Loyola, aprendió pronto y bien a practicar las virtudes sólidas y perfectas que exige de sus hijos San Ignacio; conocedor de idiomas tan dispares como el inglés y el japonés, alemán y francés; viajero infatigable, tiene recorridos los cinco continentes en busca de informaciones directas, siguiendo aquel consejo de Ortega a uno de sus discípulos: "No lea tanto. ¡Mire!"; misionero y "ejecutivo", la Universidad Católica de Tokio, bajo su responsabilidad como Rector de ella y como Provincial, subió de 1.500 alumnos en 1945 a 6.000 en la actualidad; de apariencia externa amable, espiritual y profunda, todo muy normal y natural, de quien el Dr. Ochoa, premio Nóbel de Medicina, condiscípulo suyo, dijo a los periodistas después de su último viaje al Japón: "El P. Arrupe es uno de los hombres más completos que he conocido."

El nuevo P. General, en su primera exhortación a los Padres reunidos en Congregación, habló convencido: "Siguiendo el ejemplo que nos da la Iglesia en el Concilio Ecuménico, debemos proponernos las cuestiones con gran sinceridad y peso de razón. Vivimos en un momento histórico de 'transición', todo parece estar en movimiento. Por eso, es necesario examinar seriamente y discernir cada uno de los elementos de los problemas planteados, para que podamos descubrir en ellos los que son perpetuos y los que son transitorios. Necesitamos sinceridad grande; objetividad para juzgar según principios sobrenaturales; conocimiento completo, que alcance a prever aun lo futuro; gran fortaleza de alma para llevar a feliz término todo lo que parezca oportuno o necesario para la mayor gloria de Dios."

"Esto exige de nosotros una doble consideración: una interna y otra externa."

"En primer lugar, debemos plantearnos el problema de la Compañía en este momento histórico. Debemos examinar su actual estado y ver si con el transcurso de los años han ido cambiando insensiblemente algunos de sus elementos. Tal vez ha adoptado ciertas formas que exigen ser puestas al día. Esto nos ha de llevar a una profunda consideración de la Compañía para analizar sus elementos esenciales e inmutables. Una vez conocido bien lo esencial, podremos determinar cómo se debe acomodar a nuestros días."

"La otra mirada es hacia afuera: es decir, debemos considerar la imagen del mundo y de la Iglesia en el marco de los tiempos actuales. La pregunta fundamental, a la que no es fácil responder, es la siguiente: ¿Cuál es la misión de la Compañía en el momento que viven el mundo y la Iglesia? ¿Qué orientación y qué trabajos exige de nosotros la mayor gloria de Dios? O, para decirlo de otra forma, ¿qué haría hoy San Ignacio? ¿Cómo traduciría a la vida real sus principios? Todas estas interrogantes debemos afrontarlas resueltamente y con espíritu sincero y abierto, para darles solución."

A continuación, el P. Arrupe se aventura con notable audacia a expresar su criterio personal, que puede quedar sintetizado en frases como éstas:

"Hay una mayor exigencia en nosotros, de más profundidad espiritual y mejor formación que la que exigía el siglo XVI."

"Si no queremos abandonar nuestro frente, debemos ser, en cierto sentido, más ignacianos que San Ignacio, por cuanto debemos llevar sus principios hasta las últimas consecuencias."

"Liberar a la Compañía de todo aquello que puede restar eficacia a su trabajo."

"Utilizar plena y eficazmente los medios humanos y modernos de la técnica y de la organización, de acuerdo con la norma del tanto-cuanto."

"Debemos salir al encuentro de las exigencias de los jóvenes; que además son las exigencias de nuestros tiempos."

"Si logramos esto, injertar la nueva fuerza en la sana tradición, habremos obtenido una simbiosis de la que se seguirán frutos maravillosos."

"No olvidemos esto: tal como ahora juzga la historia los acontecimientos del siglo XVI, serán juzgados nuestros hechos y determinaciones por la posteridad, y, lo que es más importante, tendrán efectos muy graves para la futura Compañía de Jesús y, consecuentemente, para la salvación de las almas."



La opinión de los laicos

COMPRESION E INCOMPRESIONES DE LA REFORMA LITURGICA

Renzo Ricciardi

LA acogida dispensada por el "pueblo fiel" a las innovaciones litúrgicas en la celebración de la Misa no ha sido favorable en todas partes; más bien, en algunos países presenta un balance provisionalmente pesimista. (Demos gracias a Dios que entre estos países no esté incluida Venezuela, donde ya los problemas sobran.) Algunos, por escasa propaganda y catequesis de parte de la Jerarquía local; otros, por ignorancia o engreimiento o falta de

agilidad mental, han manifestado reacciones negativas, que nos proponemos analizar porque, en la unidad del Cuerpo Místico, afectan también a nosotros y además podrían alentar a una escasa minoría de descontentos, que aquí tampoco faltan, y confundir a las almas sencillas.

Antes de todo, será oportuno remachar este principio: las nuevas normas litúrgicas **no son optativas**, de manera que los fieles y el mismo clero puedan aceptarlas o re-

chazarlas a su antojo, como en anteriores experimentos; sino que tienen carácter obligatorio para todos y representan la primera etapa de un camino trazado por los Pastores de la Iglesia reunidos en Concilio bajo la dirección suprema del Papa, para volver a la liturgia, "cumbre y fuente de la vida cristiana", más adherente a sus finalidades, pues la celebración de los sagrados misterios no compete sólo al sacerdote, sino a todos los fieles, que son miembros de Cristo a par-